

PR5841  
W7  
H5  
V.1

Propiedad del editor.



FONDO EMETERIO.

VALVERDE Y TELLEZ

00074

# HIPATIA.

## CAPITULO PRIMERO.

### LA SOCIEDAD MORIBUNDA.

En el piso superior de una casa situada en la calle del Museo de Alejandría, y construida con arreglo al antiguo modelo ateniense, habia una pequeña habitacion elegida por la persona que la ocupaba, no precisamente á causa de la tranquilidad del sitio, sino quizá por otros motivos, pues aunque estaba á bastante distancia de las esclavas que trabajaban, charlaban ó reñian en los soportales del patio de las mugeres, se oian en él distintamente el ruido de los carruajes, las voces de los transeuntes, los rugidos, bramidos y silbidos que sa-

010774



lian de la casa de fieras, situada en la acera opuesta de la calle. El atractivo de aquel cuarto consistía tal vez en que desde su ventana se veían los jardines del Museo, los cuadros de flores, las fuentes, las estatuas, paseos y cenadores, donde por espacio de setecientos años se había oído la voz de los sábios y poetas de Alejandría. Los de una y otra escuela habían paseado, enseñado, cantado sucesivamente en aquel lugar á la sombra de aquellos castaños y de aquellas palmeras. Los jardines parecían aún conservar el recuerdo de todas las riquezas del pensamiento y del canto griego desde la época en que Tolomeo Filadelfo se había paseado por ellos con Euclides y Teócrita, Calimaco y Licofron. A la izquierda del jardín se elevaba la parte oriental del Museo con su galería de pinturas, sus salones de estatuaria, sus cenáculos y sus cátedras; en una de las alas inmensas del edificio estaba la famosa librería, fundada por el padre de Filadelfo, y que en tiempo de Séneca, aun después de la destrucción de una gran parte de ella, á consecuencia del asedio de Alejandría por las tropas de César, conte-

nia cuatrocientos mil manuscritos. Allí, pues, sobresalía entre los demás edificios aquella maravilla del mundo, reflejando en sus blancos tejados los rayos brillantes del sol, nunca empañados por la lluvia; y mas allá la vista, dejando atrás multitud de nobles edificios, alcanzaba á distinguir el hermoso azul del mar.

La habitación de que hablamos estaba adornada con el mas puro estilo griego, no sin cierta afectación de severo arcaísmo en las formas y en las medias tintas de los frescos que hermocebaban las paredes con escenas de la antigua mitología ateniense. Sin embargo, el aspecto general, á pesar del resplandeciente sol que entraba al través de los mosquiteros que cubrían las ventanas del patio, convidaba á la tranquilidad y al reposo; el cuarto no tenia ni alfombra, ni hogar, ni armarios; sus únicos muebles eran un lecho-sofá, una mesa y una silla de brazos, todos de formas tan delicadas y graciosas como los que se ven pintados en los vasos antiguos de un periodo muy anterior al de que tratamos. Pero probablemente el que hubiera entrado en él aquella mañana,



no habria podido dirigir una mirada ni al mueblaje, ni á las pinturas, ni á los jardines del Museo, ni á la perspectiva del azulado mar que se descubria en lontananza; sus ojos se habrian fijado solamente en un tesoro que poseia, en comparacion del cual todo lo demas era de ningun valor. Porque en la ligera silla de brazos, leyendo un manuscrito que habia sobre la mesa, estaba sentada una muger como de veinticinco años, evidentemente la diosa tutelar de aquel pequeño santuario, vestida en perfecta consonancia con el arcaismo del sitio, con una sencilla túnica, blanca como la nieve, trabajo de las mugeres de Jonia, que desde la garganta le caia hasta los piés, y de aquella severa y graciosa hechura, segun la cual, la parte superior de la túnica vuelve á caer desde el cuello á la cintura, formando una especie de capotillo y dejando descubiertos los brazos y el extremo de los hombros. No tenia mas adorno en su persona que los dos cordoncillos de púrpura en la frente, que marcaban su categoria como ciudadana romana, sandalias de oro en los piés, y la redecilla de oro que le caia desde la cabeza hasta

el cuello cubriendo el pelo, cuyo color y brillo apenas se distinguian de los del mismo metal. Era aquel un cabello que la misma Atene habria envidiado por su color y su abundancia. Su rostro, brazos y piés pertenecian al tipo mas severo de la antigua belleza griega, mostrando en todas partes el gran desarrollo de los huesos cubiertos de esa piel firme, mórbida, torneada, que los antiguos griegos debian al continuo uso de los unguentos, de los baños y del ejercicio muscular. Tal vez parecia que aquellos limpidos ojos azules tenian una expresion de tristeza demasiado exagerada; tal vez habia demasiado orgullo en aquellos labios apretados, demasiada afectacion en la estudiada severidad de su postura mientras leia, postura, al parecer, copia de algun antiguo bajo relieve. Pero la gracia sin igual y la hermosura de todas sus facciones, escusaba y aun ocultaba estas faltas; y en ella se encontraba á primera vista una marcada semejanza con los retratos ideales de Atene que adornaban las paredes de la estancia.

Acaba de levantar los ojos del manuscrito y está mirando con semblante



animado hacia los jardines del Museo; mueve sus hermosos labios; habla consigo misma. Oigamos.

—Sí, las estatuas están rotas, los cenadores silenciosos, los oráculos mudos; y sin embargo, ¿quién dice que ha muerto la antigua fé de los héroes y de los sabios? Lo bello no puede morir. Si los dioses han abandonado sus oráculos, no han dejado por eso las almas de los que aspiran á unirse con ellos; si han cesado de guiar á las naciones, no por eso han dejado de comunicarse á sus elegidos; si desdeñan la adoraciones de la grey vulgar, no desprecian las de Hipatia.

Sí, creer en la antigua religion mientras todos se apartan de ella; creer, á pesar de los desengaños; esperar contra toda esperanza; mostrarse superior al vulgo viendo ilimitados abismos de gloria viva en esos ritos que para él han llegado á ser oscuros y sin sentido; luchar hasta el fin contra las supersticiones nuevas y vulgares de un siglo corrompido, y en favor de la fé de mis antepasados, de los antiguos dioses, de los antiguos héroes, de los antiguos sabios que sondearon los misterios del cielo y

de la tierra, y acaso vencer, ó á lo menos recibir mi recompensa. ¿Ser admitida en las filas celestiales de los héroes, elevarme hasta los dioses inmortales, hasta las potencias inefables, subiendo y subiendo siempre por siglos y eternidades hasta encontrar, en fin, el reposo, y confundirme en la gloria del Ser Absoluto y sin nombre! . . .

Su rostro, que se habia iluminado durante este soliloquio, se cubrió de una nube de temor y disgusto al notar que desde la pared de enfrente la estaba mirando una vieja judía, arrugada y corcovada, vestida con el lujo mas esplendente del estilo bárbaro.

—¿Por qué me persigue esa vieja? hace un mes que la veo en todas partes. Diré al prefecto que averigüe quién es y que me libre de ella antes que pueda fascinarme con sus malditos ojos. Gracias á los dioses que se va. ¡Oh! ¡necia, necia de mí! Me jacto de filósofa, y creo contra la autoridad del mismo Porfirio; creo, sí, en el mal de ojo y en la mágia. Pero ahí esta mi padre paseando en la librería.

En efecto, en aquel momento entró el anciano padre de Hipatia. Era tam-



bien griego, pero de un tipo mas comun y mas inferior que el de su hija. Su tez morena, su aire severo y gracioso, sus facciones delicadas y consumidas por la meditacion, guardaban perfecta consonancia con el grave y sencillo manto filosófico que llevaba como señal de su profesion. Apenas entró, se puso á pasear impacientemente por el cuarto como embebido en intensa meditacion.

—Ya lo hallé.... No, otra vez se me escapa.... esto es contradictorio.... Miserable de mí. Si hemos de creer á Pitágoras, el símbolo deberia ser una série de potencias del 3; y sin embargo; este maldito factor binario viene á echar por tierra todos mis cálculos. ¿No sacaste tú la suma una vez, Hipatia?

—Siéntate, padre mio, y come, no has tomado alimento en todo el dia.

—¿Qué me importa el comer? Me he empeñado en formular lo informulable; lo he de hacer aunque me costase la cuadratura del círculo. Aquel que vive en una esfera superior á las estrellas, ¿cómo quieres que á cada momento se detenga en la tierra?

—¡Ah! dijo con amargura Hipatia;

¡pluguiese al cielo que pudiéramos vivir sin alimento, imitando á los dioses inmortales! Pero mientras estemos en esta cárcel de la materia, debemos llevar nuestra cadena. Sí, y aun llevarla con gracia si tenemos buen gusto y convertir el vil alimento del cuerpo en símbolo del alimento divino de la razon. En el aposento inmediato tienes preparadas frutas y lentejas con arroz, y pan si no lo desprecias demasiado.

—¡Comida de esclavos! contestó el padre. Bien, comeré aunque me cause vergüenza. Pero oye, ¿no te lo he dicho? Esta mañana han venido seis nuevos pupilos á la escuela de matemáticas. Nuestros prosélitos se aumentan: todavía podemos vencer.

Hipatia suspiró.—¿Cómo sabes, dijo, que no han venido á buscarte con la intencion que llevaban Cricias y Alcibíades á la escuela de Sócrates, esto es, para aprender una virtud meramente política y mundana? Es singular que los hombres se contenten con arrastrarse por la tierra y ser hombres, cuando podrian elevarse á la categoria de dioses. ¡Ah, padre mio! ese es mi mayor dolor: ver á los mismos que por la ma-



ñana me han oído en la cátedra como si quisieran adorar cada palabra que salía de mi boca, rodear por la tarde la litera de Pelagia, y entretenerse por la noche, porque bien sé que así lo hacen, con los dados, el vino y otras cosas peores. ¡Pensar que la misma Pallas ha de ser vencida diariamente por Venus Pandemos, que Pelagia haya de tener más influencia que yo! No es esto decir que yo me incomode por una persona semejante; no hay cosa en la tierra que pueda turbar la tranquilidad de mi ánimo; pero si pudiese detenerme en este mundo para aborrecer, la aborrecería, sí, la aborrecería.

Y su voz tomó un tono que indicaba que á pesar de la tranquilidad de espíritu de que se jactaba y de la elevada impasibilidad que decía poseer, odiaba á Pelagia con odio bastante humano y mundanal.

En aquel momento interrumpió la conversacion la entrada precipitada de una joven esclava, que con voz agitada dijo:—Señora, el prefecto. Hace cinco minutos que su carro se ha detenido á la puerta y está subiendo las escaleras.

—Necia, contestó Hipatia con cierta

afectacion de indiferencia. ¡Y eso crees que podría alterarme? Tú, en verdad, hija del vulgo, es natural que te turbes; pero el filósofo está siempre dispuesto para todo. Que entre.

Abriose la puerta, y precedido por el olor de media docena de perfumes diferentes, entró un hombre de facciones delicadas, lujosamente ataviado en traje senatorial, y con los dedos y el cuello cubiertos de joyas.

—El representante de los Césares tiene el honor de presentarse ante el santuario de Atene Polias, y se regocija de ver en su sacerdotisa el mejor y el más amable retrato de la diosa á quien sirve. . . . No lo digas á nadie; pero verdaderamente no puedo menos de hacerme pagano cuando me encuentro bajo la influencia de tus ojos.

—La verdad es poderosa, dijo Hipatia levantandose y saludando al prefecto con una sonrisa y una reverencia.

—Sí, eso dicen. . . . pero tu excelente padre ha desaparecido: es un hombre modesto, demasiado modesto, pues que se cree inepto para oír secretos de Estado. Sin embargo, la verdad es que yo no he venido sino á consultar tu talento.



¿Cómo se ha portado en mi ausencia esta turbulenta canalla de Alejandría?

—La plebe ha comido, ha bebido, y se ha casado, todo como de costumbre, según creo, contestó Hipatia en tono lánguido.

—¿Y se ha multiplicado sin duda alguna? Qué me place; con eso el imperio perderá menos si yo crucifico una docena ó dos, como estoy resuelto á hacer en el primer motin que haya. Es realmente un gran consuelo para un hombre de Estado que las masas estén convencidas de que merecen la cruz, y que por lo mismo traten de evitar cuidadosamente que la justicia despueble una provincia. ¿Pero como va la escuela?

Hipatia movió tristemente la cabeza.

—¡Ah! los niños siempre serán niños. . . . yo tambien me confieso culpado. *Video meliora proboque, deteriora sequor.* No te muestres inexorable con nosotros. . . . Cualquiera que sea nuestra conducta en la vida privada, te obedecemos en público; y si te proclamamos reina de Alejandría, debes tener con tus cortesanos y guardias alguna tolerancia. No, no suspires; jamás me consolaria de haberte hecho suspirar. De todos

modos, tu mas temible rival ha emprendido un viaje al desierto en busca de la ciudad de los dioses, mas allá de las Cataratas.

—¿De quién hablas? preguntó Hipatia con una ansiedad que nada tenia de filosófica.

—¿De quién he de hablar sino de Pelagia! He hallado á esa lindísima y envilecida criatura en el camino de Tebas, trasformada en una perpétua Andrómaca de casto amor.

—¿Y quién es su amante?

—Una especie de gigante godo. ¿Qué hombres se creian entre esos bárbaros! Yo temí que me aplastara bajo uno de sus piés de elefante á cada paso que daba con él.

—¿Cómo? preguntó Hipatia; ¿tu excelencia se dignó hablar con semejante salvaje?

—Si he de decirte la verdad, llevaba consigo otros cuarenta robustos compatriotas suyos, que podrian haber dado que hacer á un pobre prefecto; fuera de que siempre es bueno mantener amistad con esos godos. Despues del saqueo de Roma, despues de haber sido Atenas limpiada como un panal por un enjam-



bre de avispas, la cosa se va poniendo seria. En cuanto á ese gran bruto, parece que es allá en su tierra de elevada categoría; se jacta de descender de no sé qué raza antropófaga de dioses; y apenas se hubiera dignado hablar á un pobre gobernador romano, si su fiel y amorosa amante no hubiera intercedido por mí. Sin embargo, el tunante entiendo de buena educación, y celebramos nuestro tratado de amistad con nobles libaciones. . . . pero no debo hablarte de esto. Te diré solamente que al fin me deshice de ellos; les dije todas las mentiras geográficas que he oído y muchas más, con lo cual estimulé grandemente su apetito para proseguir su necia expedición, y nos separamos. Así, pues, la estrella de Venus ha llegado al ocaso y la de Palas está en su periodo ascendente. Dime ahora: ¿qué debo hacer con Cirilo?

—Justicia.

—¡Ah, hermosa Minerva! no pronuncies esa horrible palabra fuera de la cátedra. En teoría, todo eso es muy bueno, pero en la práctica de este pobre é imperfecto mundo terrenal, un gobernador debe contentarse con hacer lo que

pueda. En abstracta justicia, yo debería crucificar á Cirilo, á sus diáconos, á sus visitantes de distrito, todos en una fila sobre las colinas de arena fuera de la ciudad. Esto es sencillísimo; pero como otras muchas cosas sencillas y excelentes, es también imposible.

—¿Temes al pueblo?

—Sí, hermosa Hipatia: ¿no sabes que ese infame demagogo tiene de su parte á toda la plebe? Me espandria á que se reprodujesen aquí los motines de Constantinopla; y confieso que esa idea me estremece; no la puedo soportar.

Hipatia suspiró.—¡Ah! si tu excelencia comprendiese que el éxito del gran duelo depende solamente de tus esfuerzos! No pienses que la batalla se ha de dar entre el paganismo y el cristianismo. . . .

—¡Bah! si eso fuera, ya sabes que soy cristiano y que represento á un emperador cristiano lleno de santidad, aun prescindiendo de su augusta hermana. . . .

—Entiendo, interrumpió Hipatia levantando con impaciencia su hermosa mano. . . . ni entre la filosofía y la barbarie: la lucha será también entre la aristocracia y la plebe, entre la riqueza,



la elegancia, el arte, el saber, todo lo que engrandece las naciones, y la grey salvaje de proletarios, la gente innoble é ignorante destinada á trabajar y á servir á los nobles. El imperio romano ¿mandará ú obedecerá á sus esclavos? Esta es la cuestion que tú y Cirilo tenéis que debatir, y la lucha debe ser á muerte.

—No estrañaria que así fuese, contestó el prefecto encogiéndose de hombros. A cada momento cuando salgo de palacio temo que algun loco me rompa la tapa de los sesos.

—Es natural; ¿y cómo no ha de serlo en una época en que los emperadores y los varones consulares se arrastran al pié de la tumba de un constructor de tiendas ó de un pescador, y besan los huesos descarnados del mas vil de los esclavos? ¿Cómo no ha de serlo en un pueblo, cuyo Dios es el Hijo crucificado de un carpintero? ¿Cómo podrán el saber, la autoridad, la antigüedad, el nacimiento, la categoría, el sistema del imperio, que se ha desarrollado sostenido por la ciencia acumulada de siglos y siglos, cómo podrá todo esto proteger tu vida un momento contra la furia de

cualquier mendigo que cree que el Hijo de Dios murió por él lo mismo que por tí, y que es tu igual, si no tu superior, á los ojos de su plebeya é iliterata deidad?

—Mi elocuente filósofa, todo eso puede ser, y tal vez es muy cierto; convengo en que hay muchos inconvenientes prácticos de esa especie en la nueva..., quiero decir, en la católica creencia; pero el mundo está lleno de inconvenientes. El sabio no debe reñir con su fé por ser desagradable, así como no riñe con sus dedos cuando le duelen; tiene que conformarse y procurar pasarlo lo mejor posible. Solamente quisiera que me dijese cómo podria conservar la paz.

—¿Y dejar que fuese destruida la filosofía?

—Eso no sucederá mientras viva Hipatia para iluminar la tierra; y en cuanto á mí, prometo que te daré campo ancho y gran proteccion, como lo prueba el haber venido á visitarte públicamente, á visitarte en este momento, cuando me están esperando en la audiencia de ciento á cuatrocientos majaderos, grandes y pequeños, para atormentarme.



Así, pues, aconsejame. ¿Qué debo hacer?

— Ya lo he dicho.

— ¡Ah! sí, en el terreno de los principios; pero ahora no estamos en la cátedra, y prefiero un consejo práctico. Por ejemplo, Cirilo me escribe (el cielo le confunda, no me dejará cazar en paz una semana siquiera) que los judíos han urdido una trama para asesinar á los cristianos. Aquí tengo el precioso documento, mírale. No me importa ni que los judíos quieran matar á los cristianos, ni que los cristianos maten á los judíos. Pero debo adoptar algunas medidas á consecuencia de esta carta.

— No soy de la misma opinion.

— ¡Cómo! ¿y si sucediera algo? ¿no comprendes cuánto se escribiría á Constantinópla contra mí?

— Que escriban, ¿qué importa, si tu conciencia está tranquila?

— ¡Conciencia tranquila! ¡Bah! ¡perderé mi prefectura!

— El mismo peligro corres de un modo que de otro. Suceda lo que quiera, serás acusado de favorecer á los judíos.

— Y en realidad no dejará de tener algun fundamento la acusacion, porque sin su benévolo auxilio el tesoro de la

provincia estaria siempre exhausto. Si esos cristianos quisieran prestarme su dinero, en vez de construir con él hospitales y casas de asilo, mañana, sin que yo me opusiera á ello, podrian quemar todo el barrio de los judíos. Pero ahora. . . .

— Pero ahora, tu escelencia no debe hacer caso de esa carta. El tono en que está escrita te lo prohíbe por tu propio honor, por honor del imperio. No debes tratar con un hombre que habla del pueblo de Alejandría como del rebaño que el rey de los reyes ha encomendado á su direccion y vigilancia. ¿Quién manda en Alejandría, tú ó ese orgulloso obispo?

— En realidad, querida Hipátia, yo he abandonado el cuidado de informarme de lo que pasa.

— Pero él no, y se dirige á tí como persona de autoridad sobre las dos terceras partes de la poblacion, no vacilando en indicar que esa autoridad procede de un origen mas elevado que la tuya. La consecuencia es clara: si su autoridad es de un origen mas alto, puede oponerse á la tuya; y si le respondes, confiesas que eres inferior á él,